

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

ASAMBLEA ECLESIAL DE LA DIÓCESIS DE ROMA 2008

Jesús ha resucitado: educar en la esperanza mediante la oración, la acción y el sufrimiento

9 de junio de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Esta es la cuarta vez que tengo la alegría de estar con vosotros con ocasión de la Asamblea que reúne anualmente a las múltiples fuerzas vivas de la Diócesis de Roma, para dar continuidad e indicar metas comunes a nuestra pastoral. Dirijo un saludo afectuoso y cordial a cada uno de vosotros, obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, personas consagradas, laicos de las comunidades parroquiales, asociaciones y movimientos eclesiales, familias, jóvenes, personas comprometidas de diversas maneras en tareas formativas y educativas. Agradezco de corazón al Cardenal Vicario las palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros.

Después de haber dedicado durante tres años una atención especial a la familia, ya desde hace dos años nos hemos centrado en el tema de la educación de las nuevas generaciones. Es un tema que implica, ante todo, a las familias, pero concierne también muy directamente a la Iglesia, a la escuela y a toda

nuestra existencia terrena diaria, da una orientación y un sentido no efímero tanto a nuestras pequeñas esperanzas como a los esfuerzos que realizamos para cambiar y hacer menos injusto el mundo en que vivimos.

Análogamente, la esperanza cristiana nos concierne de modo personal a cada uno de nosotros, a la salvación eterna de nuestro yo y a nuestra vida en este mundo, pero también es esperanza comunitaria, esperanza para la Iglesia y para toda la familia humana, es decir, «*esencialmente también esperanza para los demás; sólo así es realmente esperanza también para mí*» (ibíd., 48).

En la sociedad y en la cultura actuales, y por tanto también en nuestra amada ciudad de Roma, no es fácil vivir bajo el signo de la esperanza cristiana. En efecto, por una parte, prevalecen actitudes de desconfianza, desilusión y resignación, que contradicen no sólo la "gran esperanza" de la fe, sino también las "pequeñas esperanzas" que normalmente nos confortan en el esfuerzo de alcanzar los objetivos de la vida diaria. Existe la sensación generalizada de que, tanto para Italia como para Europa, los mejores años han pasado ya, y a las nuevas generaciones les espera un destino de precariedad e incertidumbre.

Por otra parte, las expectativas de grandes novedades y mejoras se concentran en las ciencias y tecnologías, y por tanto en las fuerzas y los descubrimientos del hombre, como si sólo de ellas pudiera venir la solución de los problemas. Sería insensato negar o minimizar la enorme aportación de las ciencias y tecnologías a la transformación del mundo y de nuestras condiciones de vida concretas, pero asimismo sería miope ignorar que sus progresos también ponen en manos del hombre enormes posibilidades de mal y que, en todo caso, no son las ciencias y las tecnologías las que pueden dar un sentido a nuestra vida y enseñarnos a distinguir el bien del mal. Por eso, como escribí en la Encíclica *Spe salvi*, no es la ciencia sino el amor lo que redime al hombre, y esto vale también en el ámbito terrenal (cf. n. 26).

Así nos acercamos al motivo más profundo y decisivo de la debilidad de la esperanza en el mundo en que vivimos. En definitiva, este motivo no es distinto del que indica el apóstol san Pablo a los cristianos de Éfeso, cuando les recuerda que, antes de encontrarse con Cristo, estaban «*sin esperanza y sin Dios en el mundo*» (Ef 2,12). Nuestra civilización y nuestra cultura, que también se han encontrado con Cristo desde hace ya dos mil años y, especialmente aquí en Roma, serían irreconocibles sin su presencia.

tener el mundo abierto a Dios y a ser ministros de la esperanza para los demás, porque hablando con Dios vemos a toda la comunidad de la Iglesia, a la comunidad humana, a todos nuestros hermanos; así aprendemos la responsabilidad para con los demás y también la esperanza de que Dios nos ayuda en nuestro camino.

Así pues, enseñar a orar y aprender "el arte de la oración" de labios del Maestro divino, como los primeros discípulos que pedían «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1), es una tarea esencial. Aprendiendo a orar, aprendemos a vivir; en camino con la Iglesia y con el Señor, debemos siempre orar mejor para vivir mejor.

Como nos recordaba el amado siervo de Dios Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, «nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas "escuelas" de oración, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente como petición de ayuda, sino también como acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha e intensidad de afecto, hasta el "arrebato" del corazón» (n. 33). Así, la esperanza cristiana crecerá en nosotros. Y con la esperanza crecerá el amor a Dios y al prójimo.

En la Encíclica *Spe salvi* escribí: «Toda conducta seria y correcta del hombre es esperanza en acto» (n. 35). Por ello, como discípulos de Jesús participamos con alegría en el esfuerzo por hacer más bello, más humano y fraterno el rostro de nuestra ciudad, para robustecer su esperanza y la alegría de pertenecer juntos a ella.

Queridos hermanos y hermanas, precisamente la conciencia clara y generalizada de los males y los problemas que tiene Roma está suscitando el deseo de ese esfuerzo común. Tenemos la tarea de aportar nuestra contribución específica, comenzando por la decisiva labor de la educación y formación de la persona, pero también afrontando con espíritu constructivo los otros muchos problemas concretos que complican la vida de quienes habitan en esta ciudad.

En particular, trataremos de promover una cultura y una organización social más favorables a la familia y a la acogida de la vida, así como al aprecio a los ancianos, tan numerosos en la población de Roma. Trabajaremos para responder a las necesidades primarias, pero con el trabajo y el espíritu de caridad.

de haber suscitado en el hombre, de un modo nuevo y con una profundidad nueva, la capacidad de compartir también interiormente el sufrimiento del prójimo, el cual así ya no está solo en su sufrimiento, y también de sufrir por amor al bien, a la verdad y a la justicia. Todo esto supera ampliamente nuestras fuerzas, pero se hace posible desde el com-padecer de Dios por amor al hombre en la pasión de Cristo.

Queridos hermanos y hermanas, eduquémonos cada día en la esperanza que madura en el sufrimiento. Estamos llamados a hacerlo, en primer lugar, cuando nos afecta personalmente una grave enfermedad o alguna otra dura prueba. Pero también creceremos en la esperanza mediante la ayuda concreta y la cercanía diaria al sufrimiento tanto de nuestros vecinos y familiares como de toda persona próxima a nosotros, porque nos acercamos a ella con actitud de amor. Además, aprendamos a ofrecer a Dios, rico en misericordia, las pequeñas pruebas de la existencia diaria, insertándolas humildemente en el gran "com-padecer" de Jesús, en ese tesoro de compasión que necesita el género humano. En cualquier caso, la esperanza de los creyentes en Cristo no puede limitarse a este mundo; está intrínsecamente orientada hacia la comunión plena y eterna con el Señor.

Por eso, hacia el final de mi Encíclica hablé del Juicio de Dios como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza. Así traté de hacer nuevamente familiar y comprensible para la humanidad y la cultura de nuestro tiempo la salvación que se nos ha prometido en el mundo de más allá de la muerte, aunque aquí abajo no podamos tener una verdadera experiencia de ese mundo. Para que la educación en la esperanza recupere sus verdaderas dimensiones y su motivación decisiva, todos nosotros, comenzando por los sacerdotes y catequistas, debemos volver a poner en el centro de la propuesta de la fe esa gran verdad, que tiene su "primicia" en Jesucristo resucitado de entre los muertos (cf. 1Co 15,20-23).

Queridos hermanos y hermanas, termino esta reflexión agradeciéndoo a cada uno de vosotros la generosidad y la entrega con las que trabajáis en la viña del Señor, y os pido que custodiéis siempre dentro de vosotros, que alimentéis y fortalezcáis ante todo con la oración el gran don de la esperanza cristiana. Os lo pido de modo especial a vosotros, jóvenes, que estáis llamados a hacer vuestro este don en la libertad y en la responsabilidad, para revitalizar gracias a él el futuro de nuestra querida ciudad.

Os encomiendo a cada uno de vosotros y a toda la Iglesia de Roma a María santísima, Estrella de la